

Neopopulismo en América Latina. ¿Una derecha y dos izquierdas?

Luis Ugalde y Raúl González Fabre

internacional

Los resultados electorales de los últimos años sugieren un giro a la izquierda en la política latinoamericana. Tomando sólo los resultados oficiales de las elecciones presidenciales del 2004 en adelante, encontramos las siguientes victorias de la izquierda: Martín Torrijos en Panamá, Leonel Fernández en República Dominicana, Tabaré Vázquez en Uruguay, Michelle Bachelet en Chile, Evo Morales en Bolivia, Óscar Arias en Costa Rica, Alan García en Perú, Lula da Silva en Brasil, Daniel Ortega en Nicaragua, Rafael Correa en Ecuador, y Hugo Chávez en Venezuela. Por su parte, en el mismo período la derecha y el centro-derecha sólo se anotan cuatro victorias presidenciales: Elías Antonio Saca en El Salvador, Álvaro Uribe en Colombia, Manuel Zelaya en Honduras y Felipe Calderón en México.

Variación de las clasificaciones

La sola lectura de esta clasificación en «izquierda» y «derecha», ya hace pensar que hay algo equivocado en ella. Realizada considerando la auto-definición de los candidatos o sus partidos según el esquema clásico (la izquierda cubre desde la social-democracia al comunismo; la derecha, desde la democracia cristiana al conservadurismo autoritario), la clasificación separa entre derecha e izquierda a gobernantes cuyas políticas se diferencian muy poco, mientras pone juntos en la izquierda a estadistas con prácticas de gobierno muy distintas, incluso opuestas. Esto último explica que algunos de los presidentes «izquierdistas» ganaran las elecciones a candidatos también izquierdistas y, sin embargo, perfec-

tamente diferenciables (como Solís en Costa Rica, Humala en Perú, o Rosales en Venezuela).

Una clasificación más adecuada a la experiencia política latinoamericana debería tomar en cuenta tres elementos fundamentales:

Desde el punto de vista político, el compromiso con la institucionalidad del Estado democrático de derecho (incluido el respeto a los mecanismos de limitación del poder del gobernante, como las liberta-

*desde 2004 la «izquierda»
ha ganado en once elecciones
presidenciales y la «derecha»
en cuatro*

des públicas, la división de poderes del Estado y los límites a la reelección).

Desde el punto de vista económico, la opción por economías abiertas y libres que compiten en los mercados regionales y globales, o por economías más cerradas bajo considerable intervención, incluso protagonismo, estatal.

Desde el punto de vista social, la estrategia para asegurar unas condi-

ciones mínimas de alimentación, seguridad, educación y salud para todos los habitantes del país, y la manera en que esa estrategia engrane con las opciones políticas y económicas de cada gobierno.

Más que una línea derecha-izquierda, tenemos entonces un espacio con tres ejes donde son posibles combinaciones diversas. En una Latinoamérica de grandes desigualdades endémicas y gobiernos electos por el pueblo, no es raro que «lo social» cobre un peso grande en la política. La popularidad de cada gobierno se juega en el acierto de su estrategia para producir resultados en lo social, y la definición ideológica del político latinoamericano puede resumirse en la manera en que su estrategia «social» se integra con sus propuestas política y económica.

Así vistos, los proyectos políticos presentes en Latinoamérica son cuatro, no dos.

Tres propuestas políticas

La primera de ellas es abiertamente totalitario y se encuentra en un solo país, Cuba. Muy probablemente en fase terminal, ese proyecto sobrevive sostenido por cuantiosos subsidios venezolanos mientras busca vías de transformación para superar la inviabilidad de su diseño. No le prestaremos más atención aquí.

La segunda propuesta, que ha sido llamado «neoliberal» con cierta impropiedad, espera el progreso social no tanto de la acción directa del Estado como del «efecto rebose» del éxito económico en los mercados internacionales. Para alcanzar ese éxito en los sectores donde cada país cuente con ventajas comparativas, la ortodoxia prescribe estabilizar los indicadores macroeconómicos, reducir el déficit fiscal, privatizar entes públicos, eliminar barreras proteccionistas, atraer capitales internacionales, y garantizar un entorno institucional favorable a los negocios. A fin de conseguir esto, el gobierno debe, por una parte, mejorar la calidad de las instituciones públicas, por tanto, impulsar el Estado de derecho, y por otra parte, contener su gasto en salud y educación dentro de los límites de las disponibilidades fiscales, lo que a menudo implica una baja en las prestaciones de los servicios públicos gratuitos y/o una restricción de la gratuidad universal de otros servicios para focalizarlos en los grupos más vulnerables.

Así pues, en el proyecto «neoliberal» latinoamericano la esperanza de progreso social se cifra en el crecimiento económico dirigido a mercados externos, mientras la política se ordena a dar estabilidad y seguridad a la actividad económica. La aparición de este tipo de proyectos en el continente fue forzada por las

instituciones del Consenso de Washington después de la crisis de la deuda externa y la consiguiente quiebra económica de las democracias populistas y las dictaduras militares en los años setenta. Durante

*la propuesta «neoliberal»
espera el progreso social
del «efecto rebose» del éxito
económico en los mercados
internacionales*

los ochenta, los políticos latinoamericanos llegaban típicamente al poder con un discurso «social» fuerte, para inmediatamente después imponer el *shock* económico que habían prometido evitar. El proyecto «neoliberal» tuvo entonces poca base popular en sus comienzos: aunque ejecutado por gobiernos electos, sus políticas adolecían de un serio déficit democrático.

Por otra parte, no consiguió cumplir sus promesas de desarrollo social a partir del crecimiento económico. Varios factores intervinieron en ello, algunos endógenos (por ejemplo, las reformas institucionales fueron mucho más lentas que las económicas, lo que retrajo la inversión) y otros exógenos (por ejemplo, la aparición

de China como imán de inversiones que en otro caso hubieran podido ir a América Latina). El diseño mismo del modelo es tal que, incluso en caso de crecimiento económico considerable, está llamado a aumentar las desigualdades, siquiera sea

la emigración forzada desde América Latina testimonia que la propuesta «neoliberal» no alcanzó su objetivo de creación masiva de empleo en el sector privado

porque la capacidad de acceder a los mercados de trabajo y capitales es muy desigual dentro de las poblaciones latinoamericanas. Cuando el crecimiento no se da en la medida esperada, el reparto de los costos y sacrificios es también marcadamente desigual contra los más pobres. Aunque el proyecto «neoliberal» ofreció algunos resultados interesantes en lo económico y en lo institucional, la emigración forzada desde América Latina testimonia que no alcanzó lo que, en su propia lógica, se le debía pedir como logro social básico: la creación masiva de empleo en el sector privado.

La tercera propuesta, la más extendida en América Latina hoy es la social-

demócrata, que llamaremos «la democracia social» porque sus propuestas básicas son compartidas en muchos países por los partidos demócratacristianos y de centro-derecha. Este proyecto reacciona al déficit que en lo social y en lo político dejaron los programas de ajuste macroeconómico de los años ochenta y noventa, pero aceptando los aprendizajes económicos de ese período. Básicamente, intenta alcanzar un balance razonable entre la necesidad de insertar a los países en los mercados mundiales de la manera más favorable (y múltiple) posible, con la preservación del liderazgo del Estado en: asegurar los servicios públicos universales, el auxilio focalizado a grupos vulnerables y en riesgo, y la dotación de capacidades productivas a la población.

Para la superación de la pobreza el liderazgo de este proyecto político trata de movilizar a toda la sociedad, requiriendo y aceptando a la vez la participación de las comunidades, las empresas, las iglesias y otras organizaciones sociales. Esta multiplicidad y variedad de actores presentes dificulta la manipulación de los programas sociales para propósitos electorales. Ello tiene a su vez un efecto preservador de la democracia política. Los socialdemócratas tienden a respetar la división de poderes, y no se plantean modificar las reglas constitucionales que les permitieron llegar al gobierno,

para perpetuarse en él. Aceptan el control legal y social a la gestión ejecutiva, las libertades públicas, y la alternancia en el poder como posibilidad real.

La socialdemócrata es una de las dos izquierdas latinoamericanas, ciertamente la más exitosa en logros de crecimiento económico, estabilidad política y desarrollo social durante la última década. En este grupo pueden situarse Torrijos, Fernández, Tabaré, Bachelet, Arias, García y Lula. Su camino de progreso se encuentra en promover verdaderas «democracias sociales», esto es, regímenes que liberen y fomenten las capacidades creadoras de toda la sociedad, ayudando a diferentes grupos y sectores a engranarse por objetivos sociales y económicos comunes.

Y una cuarta propuesta...

En este cuadro de proyectos ideológicos ya presentes hace una década, es donde aparece recientemente el *neopopulismo*, que supone también una reacción al déficit social y político de los programas de ajuste macroeconómico, pero en una dirección opuesta a la socialdemócrata: en vez de conservar la apertura económica e intentar profundizar el Estado democrático de derecho, el *neopopulismo* se vuelve hacia esquemas caudillistas en lo político,

intervencionistas en lo económico, y clientelares en lo social.

Antecedentes: el populismo latinoamericano

Durante la mitad central del siglo XX (de los años treinta a los setenta, en grueso) predominaron en América

*la propuesta socialdemócrata
ha sido la más exitosa
en logros de crecimiento
económico, estabilidad política
y desarrollo social*

Latina dos tipos de regímenes, que eventualmente se alternaban según los países: las dictaduras militares conservadoras, marcadamente anti-comunistas; y los gobiernos populistas articulados en torno a partidos de masas como el justicialismo argentino, el APRA peruano, el PRI mexicano o Acción Democrática en Venezuela. Hubo también alguna dictadura militar populista, como la de Velasco Alvarado en Perú, y gobiernos electos conservadores, por ejemplo en Colombia, pero el tono general del Continente vino marcado por dictaduras conservadoras y democracias populistas.

Ambos tipos de regímenes, aunque modernos en apariencia, arrastraban y reproducían elementos de la pesada herencia política del siglo XIX latinoamericano, plagado de asonadas y guerras intestinas: en particular, el militarismo y el caudillismo. Militarismo y caudillismo implican cierta alienación de la sociedad civil, que depone su rol político protagónico

*el neopopulismo se vuelve
hacia esquemas caudillistas en
lo político, intervencionistas
en lo económico, y clientelares
en lo social*

en manos de un hombre fuerte que representa a la institución armada (el caso del militarismo), o en manos de un líder carismático que dirige un partido de masas organizado según el modelo leninista (el caso del caudillismo).

El populismo del siglo XX —Perón, Getulio Vargas, Alan García, Carlos Andrés Pérez, Joaquín Balaguer...— intentó una alternativa al militarismo, basada en el caudillismo. El nuevo caudillo del siglo XX establecía con el pueblo un vínculo emocional directo, que generaba tanto cierta lealtad personal como un compromi-

so utilitario mutuo: *tú votas por mí, y cuando llegue al poder, yo te ayudo a salir adelante*. Esencial en el populismo latinoamericano es el carácter personal, no ideológico, de la conexión entre el líder y el pueblo. Cada seguidor del líder recibe la promesa personal de ser ayudado en aquello que él necesita, y pone su confianza en la persona del líder, de quien espera los elementos para progresar en la vida. El Estado no es así más que el instrumento del líder para cumplir los compromisos personales que cada uno de sus seguidores siente que ha contraído con él, en la medida en que le apoyó para llegar al poder.

El populismo latinoamericano del siglo XX se entendió a sí mismo principalmente como una etapa de transición hacia la modernización. Lo más importante que el caudillo tenía para ofrecer a su pueblo era participación en instituciones modernas y modernizadoras: la educación sobre todo, pero también servicios de salud, infraestructura, saneamiento y urbanismo, empleo público, etc. Idealmente, se trataba de ofrecer al pueblo la oportunidad de modernizarse culturalmente, que se le había negado en el siglo XIX, usando para ello una variante democrática de las mismas formas políticas caudillistas que se quería superar. Había, pues, una cierta contradicción entre los medios y los fines del primer populismo latinoamericano.

Para establecer las bases económicas en la que sustentar la promesa de modernización, el líder populista negociaba con las elites económicas del país. Con frecuencia, ello resultó en un acuerdo entre la dirigencia política populista y la elite económica, por el cual los primeros garantizaban a los segundos una conflictividad social muy limitada y apoyo estatal para los negocios, y a cambio los segundos concedían ciertas reivindicaciones sociales y ayudaban a financiar los partidos populistas. Estos tratos, no por casualidad parecidos a los de la Italia de entreguerras, incluían el objetivo principal de detener el avance de los partidos comunistas y limitar el alcance de la lucha de clases en cada país.

Crisis económica y neopopulismo rampante

Tanto las dictaduras militares como los regímenes populistas latinoamericanos conocieron una crisis profunda a finales de los años setenta, cuando las dificultades para el pago de la deuda externa llevaron a muchos países, incluidos México, Argentina, Brasil y Perú, al borde de la quiebra. Las dictaduras militares que quedaban, al verse en el aprieto, simplemente cedieron el poder y el problema a los civiles.

Por su parte, los líderes populistas se encontraron impedidos de seguir

cumpliendo sus promesas de ayudar a los pobres que les habían llevado al poder. Algunos gobiernos populistas impusieron desde el gobierno severos sacrificios a la población, cuando habían sido elegidos precisamente sobre la promesa contraria. Vino entonces la reconversión de líderes y partidos populistas en improvisados «neoliberales», y la búsqueda por

*el populismo del siglo XX
intentó una alternativa
al militarismo,
basada en el caudillismo*

otros líderes y partidos de esquemas «socialdemócratas» más institucionales.

Particularmente algunos partidos que habían permanecido alejados del poder por las dictaduras militares, como los chilenos, aprovecharon el exilio para dejar atrás errores del pasado y modernizar seriamente sus propuestas políticas y económicas. Aunque la huella populista permanecía como estilo del hacer política, a finales de los noventa era ampliamente aceptado el fracaso de la modernización usando modelos de conducción política no moderna, y la necesidad de mover la política latinoamericana del vínculo personal a la eficiencia institucional.

Sin embargo, cuando ese consenso parecía extendido, el caudillismo reapareció en un nuevo avatar latinoamericano: lo que aquí hemos llamado *neopopulismo*. No viene de la nada ni es puramente atávico, sino que enlaza con el resentimiento que produjo la ruptura de la promesa populista del siglo XX, y el relativo fracaso

*con frecuencia,
el populismo se alió
con la elite económica*

so de los proyectos «neoliberales» posteriores en mejorar las condiciones sociales. Amplios sectores que se sintieron primero traicionados por el liderazgo populista anterior, y luego abandonados a un mundo de mercados en que difícilmente podían tener éxito, han retornado a su reflejo político de raíz: buscar un mesías político que asigne a otros la culpa de sus males, y les haga una promesa personal de salvación.

El neopopulismo ha cobrado fuerza en los últimos seis o siete años. Más que de una teoría, se trata de movimientos con rasgos comunes o parecidos, que han prendido en los sectores más desposeídos y amenazados, aquellos menos capacitados para desempeñarse por sí solos en con-

textos modernos. Se expresa en una alianza emocional entre el caudillo providencial que comanda y los pobres que lo siguen, esta vez, a diferencia del populismo del siglo XX, sin apenas verdaderos partidos u organizaciones sociales intermedias. Se promete una revolución de los pobres, dirigidos por un hombre fuerte, vengador de los agravios políticos, dispuesto a barrer una sociedad y una política que los ignora. En algunos casos, como Venezuela, el caudillismo renace revestido de militarismo (o viceversa), encabezado por un militar formado para mandar de maneras no democráticas.

La conexión emotiva entre el caudillo y sus seguidores estriba en que el hombre fuerte se presenta identificado con los pobres, como quien toma venganza de los políticos y los partidos tradicionales y, más en general, de todos los males que han sufrido las mayorías en los últimos años, sin desdeñar tampoco los agravios de siglos anteriores. Al mismo tiempo, el caudillo reivindica de manera mítica identidades ideales y paraísos que se perdieron por culpa de esos enemigos, nacionales e internacionales, que todavía hoy conspiran contra el pueblo. El caudillo encarna el interés y la identidad popular y promete la conducción hacia la tierra prometida, mientras señala acusador a algún enemigo como encarnación del mal o del diablo. El neopo-

pulismo combina así varios elementos religioso–fundamentalistas.

Populismo y neopopulismo

El neopopulismo se separa del populismo latinoamericano anterior en que no parece pretender una conciliación de sectores sociales con vistas a la modernización, sino que ha heredado del marxismo tradicional un lenguaje de confrontación social (cuyo alcance práctico completo está por ver). La confrontación que el neopopulismo alienta, sin embargo, no es de clases en el sentido marxista, sino que sigue aproximadamente la línea divisoria entre los sectores modernos y los no modernos de las sociedades latinoamericanas. De un lado quedan campesinos sin tierra, desempleados y subempleados urbanos, habitantes de favelas y villas–miseria; y del otro están los trabajadores cualificados, empleados, profesionales, empresarios, habitantes de las urbanizaciones... aquellos que se sienten con recursos para afrontar una economía moderna y tener éxito en ella. En el lenguaje neopopulista, unos son el pueblo, los indígenas, los pobres; y los otros son los oligarcas, los blancos, los ricos.

El lenguaje y los hechos de esta confrontación que el neopopulismo promueve, arrojan una duda decisiva

va sobre la naturaleza del proyecto: ¿se trata de una nueva estrategia de modernización social, centrada en quienes han sido dejados atrás por intentos anteriores, o más bien no hay tal intención modernizadora, sino que estamos ante un proyecto puro de poder que sólo pretende explotar los desfases internos de las sociedades latinoamericanas, agudizándolos cuanto sea preciso para garantizarse una mayoría electoral permanente? Tal vez intencional-

*el neopopulismo promete
una revolución de los pobres,
dirigidos por un hombre
fuerte, vengador de los
agravios políticos, dispuesto
a barrer una sociedad
y una política que los ignora*

mente sea lo primero, pero llevado adelante con la torpeza con la que se lleva, va a resultar, mientras dure, lo segundo.

De lo que no hay duda, es que la tarea de completar la modernización social de América Latina sólo puede realizarse engranando a los sectores sociales ya modernizados con los sectores que todavía no lo están (pero ciertamente desean estarlo). Si el populismo del siglo XX finalmente

fracasó por no ser capaz de sostener la alianza que prometía entre los sectores modernos de la población y los tradicionales, y si el «neoliberalismo» fracasó en buena medida por no intentar siquiera esa alianza,

*la confrontación que el
neopopulismo alienta,
sigue aproximadamente
la línea divisoria
entre los sectores modernos
y los no modernos
de las sociedades
latinoamericanas*

¿podrá tener algún éxito modernizador una política basada en la demonización de quienes deberían ser aliados?

Parece evidente que no: la incorporación de los pobres a la modernidad requiere un reconocimiento mutuo entre sectores modernos y no modernos, que facilite la transferencia de identidades, recursos, saberes y oportunidades en las dos direcciones. La política de la confrontación aleja la posibilidad de ese reconocimiento, dejando a quienes «no pueden» construir la modernidad por sí mismos aún más solos que antes.

Déficit de afán modernizador

La sospecha de que, a diferencia del populismo del siglo XX, el neopopulismo no tiene en realidad propósito modernizador, se refuerza cuando se observa su desempeño institucional. Los neopopulistas hablan de sí mismos como revolucionarios o refundadores. Su intento incluye cambiar las reglas constitucionales para adquirir control hegemónico sobre el Estado, con la intención poco disimulada de ampliar los poderes del Ejecutivo y extender el término de su mandato, a la vez que disminuir la capacidad social de controlar al gobierno. Tres elementos parecen estorbar al gobernante neopopulista: la división de poderes del Estado; la independencia y libertad de las organizaciones y asociaciones sociales; y la ley que él mismo ha promulgado, cuando un cambio en las circunstancias la hacen inconveniente para el propósito del momento. El ejemplo de la crisis en Bolivia respecto a la regla de voto (2/3) con que se convocó la Constituyente, es expresivo. La voluntad del caudillo debe predominar sobre cualquier institucionalidad, incluso la que él mismo ha creado.

El desmontaje de la precaria institucionalidad pública existente en los países latinoamericanos, a favor de la voluntad arbitraria del caudillo neopopulista, tiene consecuencias inme-

diatas para la efectividad de su gestión. En el mito de la pasada grandeza y edad de oro (indígena, por ejemplo), caída posterior y reivindicación actual de la identidad, se combinan los nacionalismos, indigenismos y socialismos utópicos que permiten vivir los primeros tiempos de la «revolución» como un seguimiento religioso, con muy poca racionalidad instrumental para producir las soluciones, que requerirían una rigurosa secuencia de medios para alcanzar los fines.

Esta falta de racionalidad instrumental y su ordenamiento para la consecución de fines concretos, produce graves carencias en la gestión y pronto lleva a serios fracasos y frustraciones en el terreno mismo de lo social desde el que se pretende justificar todo el intento. Así, por ejemplo, tras haber alcanzado el poder denunciando la corrupción de los políticos tradicionales y las oligarquías, a la vuelta de poco tiempo el caudillo que ha desmantelado la institucionalidad disponible para controlar esa corrupción, se encuentra con que los recursos de los programas sociales se desvanecen mientras sus asociados aparecen súbitamente enriquecidos.

El impulso ético genuino que tal vez anima al caudillo neopopulista, nada vale si no se plasma en una institucionalidad operante; pero su

modo de hacer política no es levantar instituciones modernas, sino derribarlas en nombre del sentimiento popular que confía no en las instituciones políticas, sino en una providencia personal. Todo ello se disfraza bajo un discurso moralista que

*la incorporación de los pobres
a la modernidad requiere
un reconocimiento mutuo
entre sectores modernos
y no modernos*

reitera las buenas intenciones iniciales pero que, falto de aparato institucional, queda impotente.

La relación entre el caudillo neopopulista y las instituciones y organizaciones de la sociedad civil, empresariales, religiosas, comunitarias o profesionales, es también turbulenta. Estas organizaciones molestan al caudillo en la medida en que se empeñan en participar de manera autónoma en el espacio público enviando mensajes, ofreciendo servicios, creando relaciones sociales, y controlando la acción del Estado. Esto amenaza el monopolio del caudillo como elaborador y dispensador de la identidad social del pueblo. Por ello, los continuos llamados a la or-

ganización y la participación popular que forman parte del mensaje neopopulista, deben ser tomados con gran cuidado: se llama a organizarse y participar «dentro de la revolución», recibiendo recursos públicos para realizar los planes del caudillo y engrandecer su imagen. Por el contrario, la organización so-

*el impulso ético genuino
que tal vez anima al caudillo
neopopulista, nada vale
si no se plasma en una
institucionalidad operante*

cial que el caudillo neopopulista no puede controlar debe ser demonizada y asfixiada.

Esta tendencia totalitaria no se presenta por igual en todos los neopopulismos latinoamericanos, quizás porque no todos han adquirido el mismo poder sobre la sociedad. Sin embargo, debe notarse que está inscrita en la estructura básica del neopopulismo: puesto que la política no es primero asunto de instituciones ni de generación y distribución social de capacidades productivas, sino de lealtades personales, el pueblo debe confiar y depender únicamente del líder, concentrando su identidad socio-

política en él para seguirlo sin fisuras. Un sistema de identidades sociales y participaciones organizacionales múltiples daría lugar a un ciudadano crítico, capaz para crear por sí mismo, institucionalmente vinculado con sectores heterogéneos en varios niveles, no apto por tanto para formar la tropa del caudillo neopopulista.

Finalmente, el neopopulismo tiene necesidad de «enemigo externo». Una razón para ello ya la hemos mencionado: basándose en una mitología de la bondad natural del pueblo, necesita poner toda la causa de los males que le afligen fuera de él. La imaginería se toma sin mayor adaptación de la izquierda latinoamericana de los años sesenta: según la ocasión, la raíz del mal será el neoliberalismo, el capitalismo, el imperialismo, las transnacionales, los Estados Unidos, o Bush mismo en persona.

Esto presenta varias ventajas como mensaje político. Por una parte, es más fácilmente aceptable por la población que lo contrario; siempre resulta agradable saber que uno es bueno y que los malos son otros, de manera que ellos deben cambiar o ser derrotados (por el caudillo salvador), mientras uno mismo puede continuar tranquilamente con su modo de vida. Por otra parte, sirve de explicación para los repetidos fracasos de la gestión del gobierno neo-

populista: esos fracasos se deben al sabotaje de la CIA, al bloqueo externo, a la acción de siniestros poderes mundiales que se saben amenazados por la denuncia del caudillo y el poder popular que él lidera.

Además, en caso de que la ineficiencia de la gestión económica o social amenace crisis interna, permite levantar el fantasma de la agresión extranjera inminente a fin de recohesionar al pueblo contra el enemigo exterior: «*los americanos se preparan para invadirnos; se ha desvelado un complot para matar al presidente...*». Finalmente, tal vez el rol más preocupante del «enemigo externo» consista en que permite definir al «enemigo interno» de la revolución, esto es, la oposición política y social, como aliado objetivo del agresor externo, por tanto como traidor a la patria. Se le puede así cortar fuentes de financiamiento externo, perseguir, acosar, difamar, y juzgar por tribunales ya controlados por el caudillo neopopulista.

El binomio integración confrontación

Esta descripción de la cultura política del neopopulismo latinoamericano debe bastar para justificar nuestra afirmación de que el déficit social y político resultado de la quiebra del populismo del siglo XX y del fracaso del proyecto «neoliberal» que lo si-

guió, ha dado lugar no a un giro hacia la izquierda, sino a los dos que hemos descrito, con contenidos sociopolíticos no sólo diferentes sino opuestos: una socialdemocracia que apunta hacia la democracia social, y un neopopulismo caudillista que apunta hacia formas de totalitarismo personalista.

Contra lo que la clasificación convencional en izquierdas y derechas pudiera hacer pensar, entre la dere-

*la organización social
que el caudillo no puede
controlar debe ser
demonizada y asfixiada*

cha más o menos liberal latinoamericana y la izquierda socialdemócrata, la diferencia es de lugar y énfasis de la preocupación social, una diferencia de grado dentro de un continuo (como Brasil o Chile muestran), mientras que entre la socialdemocracia y el neopopulismo autoritario, hay discontinuidades más profundas, particularmente las que separan una democracia integradora a través de instituciones modernas, de autocracias personalistas basadas en la confrontación. Por ello, a la izquierda socialdemócrata le es posible entablar alianzas en el centro (como en Chile o en el mismo Brasil), mientras

que el neopopulismo vive de la polarización e intenta a toda costa que el centro desaparezca.

Las condiciones económicas de posibilidad del neopopulismo

Para comprender el proceso político latinoamericano reciente es preciso todavía preguntarse por qué unos países han tomado el camino neopopulista, mientras otros han tomado el de la democracia social. Al fin, el

*el neopopulismo sólo es viable
si el Estado dispone
de cuantiosos recursos
naturales*

sustrato caudillista y militarista es común y, en mayor o menor medida, durante el siglo XX todos los países fueron influidos tanto por el populismo tradicional como por los temas de la izquierda radical de que se alimenta el neopopulismo. ¿Por qué la diferencia en las respuestas al déficit social y político que dejaron los años ochenta y noventa? Y, más importante aún, ¿de quién es el futuro? ¿Estamos, como a veces anuncia Hugo Chávez, ante el amanecer de una revolución continental de signo neopopulista?

La respuesta científica a estas preguntas requeriría una indagación en detalle del proceso sociopolítico país por país, que no podemos emprender aquí. Pero sí podemos adelantar una hipótesis: un elemento clave de la elección entre democracia social y neopopulismo se encuentra en que este último sólo es viable si el Estado dispone de cuantiosos recursos naturales con precios internacionales muy por encima del costo de producción. Sin eso, no importa cuál sea la intención política del líder izquierdista, salvo que Venezuela le financie el proceso, no hay revolución neopopulista posible en Latinoamérica.

Para justificar nuestra hipótesis, comenzamos notando la mayor de las diferencias entre neopopulismo y marxismo: mientras el marxismo es, antes que nada, una Economía Política basada en una teoría de la producción industrial moderna, el neopopulismo carece absolutamente de propuesta productiva viable. Varios elementos concurren en ello. Uno primero, el ya mencionado: si las desgracias que padecemos son producidas por otros, y el caudillo tiene la solución, consistente en liberarnos de los opresores, se desarrolla muy poco la lógica productiva del presente hacia el futuro, que lleva implícita la idea de que el futuro será nuestra creación como el presente lo ha sido. En el neopopulismo, el pueblo con-

tribuye con su apoyo político al caudillo, y esto le hace acreedor del apoyo económico sustancial del mismo caudillo una vez en el gobierno. El pueblo del neopopulismo no es primero productor, sino receptor de bienes y servicios.

Luego está el punto de que, a diferencia de su antecesor del siglo XX, el neopopulismo no sólo desconfía del empresariado nacional y de las clases profesionales, sino que los ve como el «enemigo interno», la oligarquía cuya demonización es fundamental para redefinir la identidad política del pueblo y asegurar una mayoría electoral permanente. Queda, pues, cerrado el camino del desarrollo productivo a través de la empresa privada, siempre bajo sospecha, amenazada de que sus derechos de propiedad pueden ser violados en cualquier momento según la conveniencia política del caudillo. No hay animal más cobarde que el dinero, dicen, así que el resultado esperable es una retracción de la inversión privada (tanto nacional como internacional) y un deterioro de su calidad (inversiones a plazo más corto, tasas de retorno más altas requeridas para tomar el riesgo). Y junto con ello, se acelera la emigración de los jóvenes profesionales y empresarios hacia parajes más prometedores, que debilita el capital humano disponible para el futuro.

Un tercer elemento que conspira contra la posibilidad de un proyecto productivo neopopulista es de tipo ideológico, derivado de los utopismos que concurren en él. Con frecuencia, para responder a retos que exigen formación científico-tecnológica, inversión y competencia, se proponen economías de subsistencia

*el neopopulismo no sólo
desconfía del empresariado
nacional y de las clases
profesionales, sino que los ve
como el «enemigo interno»*

mitificadas de manera moralista (economía sin egoísmo, sin fines de lucro, donde todos se ayudan y comparten, economías de trueque...). Así resultan intentos ingenuos y dispersos de promover formas económicas complejas (cooperativas, comunas, esquemas de cogestión empresarial) como si fueran simples. Puesto que cooperativas, comunas, cogestión y demás son en realidad más exigentes desde el punto de vista de la cultura económica que la empresa capitalista estándar, en ellas se entierran cuantiosos subsidios estatales sin mayor fruto productivo.

De esta forma, si ni el empresario privado es querido como protago-

nista de la producción, ni hay un diseño para una «economía social» de muchos pequeños productores asociados que pueda ser competitiva, ni se fomenta en general una cultura de producción en el pueblo, parece no quedar más remedio que recurrir al Estado como agente principal de la producción. Dada la historia de la empresa pública en América Latina,

*no habiendo en el
neopopulismo idea productiva
con algún viso de viabilidad,
su programa económico
resulta fundamentalmente
distributivo*

más bien catastrófica, el neopopulismo no se ha atrevido hasta ahora a hacer esto en gran escala.

No habiendo en el neopopulismo idea productiva con algún viso de viabilidad, su programa económico resulta fundamentalmente distributivo, confundiéndose así con su programa social, y puesto que las distribuciones tienen por objeto afianzar vínculos clientelares, también con su programa político. Ahora bien, para distribuir algo primero hay que tenerlo: ¿de dónde sale ello? La respuesta en Venezuela, y el proyecto de respuesta en Bolivia y Ecuador,

los únicos países que hasta ahora han proclamado su voluntad de desarrollar una revolución neopopulista, es simple: sale del subsuelo, en forma de hidrocarburos y minerales.

La mayor parte de las economías latinoamericanas sigue apoyándose considerablemente en la exportación de productos y recursos naturales, aunque alguna diversificación se ha producido hacia la industria, el turismo, los servicios, y la exportación de mano de obra. *Grosso modo*, estos productos naturales se dividen en *renovables*, como los agropecuarios, pesqueros y forestales, que en las legislaciones latinoamericanas están normalmente bajo propiedad privada; y *no renovables*, como los minerales e hidrocarburos, que según una tradición legal proveniente de la Colonia, pertenecen al Estado.

Pues bien, las transformaciones económicas globales de la última década, particularmente la vigorosa incorporación al circuito económico capitalista de India, China o Vietnam, han producido simultáneamente tendencias a la baja en los precios internacionales de los productos agropecuarios (por crecimiento de la oferta), y fuertes tendencias al alza de los minerales e hidrocarburos (por crecimiento de la demanda). El resultado coincide muy precisamente en tiempos y lugares con el surgimiento del neopopulismo: en países

ricos en minerales e hidrocarburos, el Estado recibe o está en condiciones de recibir una cuantiosa renta adicional. Esa renta no deriva de un desarrollo de las capacidades productivas del país, sino del incremento de los precios internacionales del recurso. Este es el dinero que el caudillo neopopulista necesita para alimentar la relación clientelar-distributiva con su base política, sin tener que desarrollar un programa productivo, ni tampoco seriamente redistributivo.

Esta hipótesis nuestra permite comprender que Venezuela, Bolivia y Ecuador sean candidatos a la «revolución» neopopulista, mientras que países más dependientes de las exportaciones de productos agropecuarios, como Nicaragua o Argentina, o de la industria, como Brasil, simplemente no pueden permitirse la parálisis productiva interna a que lleva el neopopulismo, no importa cuán tentador pudiera resultar como ideología para sus líderes de izquierda. Más dramática es la posición de México, situado ante las dos opciones y dividido a partes iguales entre el norte que quiere profundizar la integración económica con Estados Unidos y el sur que querría tal vez emprender un reparto neopopulista de la renta petrolera.

Si nuestra hipótesis es correcta, entonces el neopopulismo no puede ex-

tenderse en América Latina más allá de los contados países donde la renta de minerales e hidrocarburos permita al caudillo neopopulista repartir sin ocuparse de producir. No habrá pues revolución neopopulista continental. Y aun dentro de esos países suscepti-

*estamos ante un esquema
económico inviable
en el largo plazo*

bles de desarrollarlo, el neopopulismo no se extenderá en el tiempo más allá del punto en que los ingresos por el recurso natural permitan cubrir las demandas de las relaciones clientelares en que se basa. Como esas demandas son naturalmente crecientes, y como de necesidad lo son también las pérdidas por corrupción en un contexto de incapacidad institucional aguda, llegará el momento en que el liderazgo neopopulista deba elegir entre manejar la insatisfacción social resultante de manera represiva, convirtiéndose en una dictadura estilo cubano, o bien de manera productiva, intentando sea un giro sea hacia la socialdemocracia, sea hacia una dictadura basada en la explotación masiva de los trabajadores, estilo vietnamita o chino.

En resumidas cuentas, el examen de las condiciones económicas de posi-

bilidad del neopopulismo nos revela que no estamos sólo ante una regresión política hacia modelos premodernos, personalistas y autoritarios, sino también ante un esquema económico inviable en el largo plazo. No hay en él futuro ninguno, y los países que lo intenten perderán un

tiempo precioso en el intento secular de modernizar nuestras sociedades. Ocho años después del comienzo de la primera y más característica «revolución» neopopulista en América Latina, la de Hugo Chávez en Venezuela, esto puede decirse ya sin temor a equivocarse. ■